

I

RÍO RHENUS

31 DE DICIEMBRE DEL AÑO 406 D. C.

La densa niebla, que con la luz del alba teñía de plata las copas de aquellos árboles ribereños, estaba empezando a levantarse, lentamente, con la pereza de movimientos que solamente el invierno concede a la naturaleza. Un blanco intenso y poblado con los sonidos de la mañana inundaba el paisaje que durante varios minutos tuvo absorto a Cayo Verón, soldado de Roma.

Encuadrado en la tercera cohorte de una olvidada guarnición de *limitanei* que se asentaba en la margen izquierda del Rhenus, Cayo dejaba pasar sus días en un pequeño puesto fortificado ubicado en las estribaciones de las escarpaduras que dominan el transcurso del gran río, entre Bingium y Confluentes. Aquel lugar constituía un punto estratégico, como puesto avanzado, centinela del *limes*, encrucijada de caminos y puerta de entrada al valle que, desde las empinadas laderas de aquella parte del curso del río, permitía el acceso directo desde Mogontiacum, base de la flota fluvial del Rhenus, a la antigua capital imperial, Augusta Treverorum. Esta, situada al oeste, a unas noventa millas de distancia, mostraba orgullosa las murallas y edificios oficiales que daban cuenta de su esplendor, un brillo que reflejaba una opulencia y prosperidad que terminaban abruptamente ante aquella frontera de agua que Cayo recorría cada mañana. El *limitaneus* pertenecía a una de las escasamente pobladas y siempre tardíamente pagadas *alae* de caballería que, junto con los restantes componentes de la cohorte, conformaban un grupo heterogéneo de guardias que, instalados en aquel fuerte, en sus mejores épocas no alcanzaba los quinientos hombres. Ahora, en el duro invierno del año 406 d. C., aquella tropa languidecía entre el frío, la nieve y el hielo, sosteniendo la defensa de la frontera en aquel sector con apenas trescientos soldados, acompañados de sus familias.

Cayo levantó la vista, mientras mantenía asidas las riendas de su caballo y palmeaba su lomo sudoroso. Aún no se vislumbraba la orilla opuesta del ancho cauce fluvial. Había cabalgado desde el alba por el sendero que, a modo de rudimentario paso de guardia, escoltaba esa margen del poderoso río a lo largo de su curso, uniendo los distintos enclaves, fuertes y torres de vigilancia que habían constituido jalones de un eficaz sistema de alerta, perfeccionado durante más de tres siglos. De hecho, él siempre había conocido aquellas viejas estructuras de madera. Cada una de ellas estaba rodeada por un foso rudimentario y provista en lo alto de grandes recipientes, preparados para encender un fuego de aviso que comunicara a las restantes, de forma inmediata, una señal de alarma ante cualquier incursión. Recordó el abandono que había alcanzado el mantenimiento de aquellos enclaves, hasta que hacía ya dos meses se instalaran en Augusta Treverorum las nuevas legiones que, al parecer, Rávena había decidido enviar a la frontera. Se decía incluso que el propio *magister militum*, Estilicón, protector de Occidente, regente en su día de Honorio, el joven César hijo del gran Teodosio, se había desplazado hasta allí para reorganizar las defensas imperiales, acompañado de un prometedor general, Quinto Flavio, *magister militum praesentalis* en la Galia, al mando de las legiones Martis y Septimani. *Falta hacía*, pensó Cayo en su momento, cuando conoció la noticia. Las tropas de *limitanei* eran evidentemente insuficientes para enfrentarse a todo lo que estaba ocurriendo desde hacía meses al otro lado del río. Sin el apoyo de las unidades móviles del ejército de campaña, las llamadas *comitatenses*, las poco belicosas tropas de vigilancia de frontera apenas podrían resistir el más mínimo asalto de aquellas hordas, las que ahora, dejando entrever su amenazadora fuerza, mostraban su ánimo y pujanza con la inmensa nube que formaba, desde la primera hora de todas las mañanas de los ocho últimos meses, el humo de los miles de hogueras que cada día alimentaban el espíritu y calentaban el cuerpo de una muchedumbre asentada en la margen derecha del Rhenus. Una masa expectante, unida y alentada por un solo propósito: cruzar el río y penetrar en aquella tierra fértil, segura y ordenada.

Cayo desmontó y se deshizo del ligero casco de caballería que, tachonado con clavos ya herrumbrosos, solía utilizar en aquellas patrullas. Se pasó la mano por el pelo, demasiado largo para el gusto

romano, pero adaptado a la moda que imperaba en la frontera. No era reglamentario, pero ¿quién hacía caso ya al reglamento? Se ajustó el pañuelo rojo que, anudado a su cuello, lo protegía del intenso frío y, comprobando que los broches de su capa no se habían desprendido aún, bajó de su montura.

La niebla se disipaba y comenzaba a vislumbrarse el tenue sol del invierno, que, por primera vez en varias semanas, acariciaba con sus rayos el rostro de los habitantes que moraban en ambas riberas del gran río. Había nevado toda la noche y los días se habían hecho eternos, envueltos en un manto blanco de frío y hielo que anulaba el relieve y congelaba los huesos. Cayo ajustó las cinchas de su montura, que resoplaba mientras movía su hermosa cabeza negra. Sus oscuras crines contrastaban en su agitación con la palidez de la tierra que ahora pisaban, desaparecido todo atisbo del verde que asomaría insultantemente salvaje en la primavera, aún lejana. Demasiado lejana. Por un momento el jinete se mantuvo absorto, esperando escuchar los rumores que aquel curso de agua regalaba cada día a quienes se acercaban a su orilla. Le fascinaba el sonido de los bloques de hielo que chocaban entre sí, empujados por la corriente. Mientras había durado aquel largo temporal, no había podido hacer su ronda habitual por los puestos, comprobando que aún pervivía el orden antiguo de las cosas. A Cayo le gustaba aquel orden. Era el que le había proporcionado una carrera en la milicia, algunas letras, una mujer y dos pequeños hijos, que eran para él su gran triunfo. Niños que esperaban en el poblado nacido al amparo del fuerte a que su padre les trajera a su regreso alguna pieza de caza o una pequeña talla hábilmente confeccionada sobre la madera de tejo que tanto abundaba por la zona. Por eso vigilaba. Para mantener todo aquello que le hacía sentirse vivo. Apreciaba las misiones de patrulla por la frontera, a las que se apuntaba como entusiasta voluntario cada vez que tenía una oportunidad. Se sentía guardián de ese viejo orden, de la antigua tradición que le había enseñado a valorar el poder de la ley, tanto como el placer de un buen baño, del que podía disfrutar en aquellas pequeñas termas adyacentes al puesto y que habían surgido enmarcadas en el caserío que circundaba el recinto fortificado que era su hogar. Un hogar crecido, en definitiva, al amparo de la que él siempre había considerado como la única civilización por la que merecía la pena vivir, luchar y acaso morir.

Pero aquella mañana no escuchaba ruido alguno. Invadía el ambiente una calma inusual. El aire parecía aquietarse, acompasando con la ausencia de viento el espeso silencio que ahora retumbaba en los oídos atentos de Cayo Verón. Se ajustó el casco y agarrando con fuerza las crines del caballo saltó ágilmente sobre su montura, encaminando sus pasos hacia la orilla con un suave tirón de las riendas. Lentamente, aquel centinela del Rhenus descendió hacia la ribera por un pequeño terraplén cubierto de una nieve que dificultaba la marcha y cubría las patas del caballo hasta sus rodillas.

Y de repente lo vio. Fue en ese mismo instante, cuando la niebla se disipó, cuando pudo contemplar con claridad el espectáculo de una extensión ancha y lisa que reflejaba la luz del sol, cegando sus ojos.

Por eso no había escuchado el rumor del agua.

Por eso no le llegaba el quejido del cauce.

El hielo había dejado de crujir. El Rhenus era ya, aquella primera mañana del 31 de diciembre del año 406, aquel amanecer tras la ventisca, una inmensa y sólida extensión congelada que ya no constituía barrera ni frontera entre Roma y los pueblos que esperaban una hora —su hora— que sonaba firme y amenazante.

El corcel penetró a través de la *porta praetoria*, dejando tras de sí la huella apresurada de su cabalgada en la nieve, que aún cubría la estrecha avenida divisoria del pequeño poblado adyacente. Los centinelas reconocieron al veterano Cayo y franquearon su entrada sin problema alguno. Normalmente, las puertas dobles de aquel acceso principal del recinto permanecían abiertas hasta el anochecer, dado el trasiego existente entre los soldados, sus familias y los comerciantes de fortuna que se acercaban a la frontera en busca de ocasión propicia para incrementar las por entonces cada vez más menguantes ganancias. La guerra no era buena compañera de los negocios, y los pocos mercaderes que aún se aventuraban a aproximarse al enclave intuían vientos fríos y negros nubarrones de sangre y fuego en aquel invierno.

El fuerte se había ido consolidando a lo largo de los años. Desde hacía tiempo, sólidos muros de bien escuadrados sillares, circundados de un foso excavado en forma de uve, rodeaban las instalaciones donde vivían los *limitanei* con relativa comodidad y espacio. Cons-

truido con la piedra clara de las canteras cercanas a Boudobrigo, constituía una gran superficie rectangular amurallada, de esquinas curvas, abierto hacia el exterior por cuatro puertas protegidas por sus torres, y albergaba en su interior las edificaciones básicas para mantener durante todo el año una guarnición estable. Almacenes de grano, caballerizas, barracones de alojamiento y, en el centro, en la intersección de sus dos calles, el cuartel general, con su basílica y patio interior, guardián de los estandartes de la cohorte. *Praetorium* adyacente, talleres y hórreos completaban el conjunto, que seguía en cierta forma la estructura de un campamento legionario al uso.

Este era, en definitiva, el mundo que reproducía a pequeña escala los esquemas de la civilización cuyos límites defendían hombres como Cayo, quien terminaba entonces su frenética cabalgada, frenando su montura ante la puerta del cuartel general. Allí, un aterido guardia custodiaba su entrada y componía una figura poco marcial, abrigada por una capa ya raída por el uso continuado, empapada por unos copos de nieve que, tras la breve tregua de aquella mañana, comenzaban de nuevo a caer intermitentemente.

Cayo desmontó y ni siquiera se preocupó de sujetar las riendas de su montura, que resoplaba como consecuencia del esfuerzo, exhalando su aliento cálido en forma de un vapor que reflejaba el contraste de temperatura. Con paso firme se acercó al centinela, que lo miraba con curiosidad y preocupación.

—Salve, Cayo. —El guardia relajó su gesto al reconocer a su compañero, cuando este se quitó el casco—. ¿Alguna novedad? —preguntó con cierta sorna.

Cayo no perdió el tiempo ante lo que consideró el típico síntoma de abandono de la disciplina que, según él, aquejaba a aquellas tropas olvidadas por Rávena, y no se anduvo con rodeos.

—No me hagas perder el tiempo, Clodius —le dijo con tono cortante. Nunca le había resultado simpático aquel hijo de burgundios romanizados que había latinizado su nombre germánico, Clodoveo—. Necesito ver urgentemente al tribuno. Y sí, hay novedades.

El centinela le permitió el paso, intrigado, y Cayo penetró en el edificio, atravesando la basílica que ocupaba uno de sus laterales, y accediendo al patio interior, rodeó el peristilo hasta alcanzar la habitación en la que normalmente solía pasar las horas del día el tribuno comandante del puesto. Apartó el grueso faldón de tela

forrada con pieles que, mecido por un viento cada vez más poderoso y gélido, hacía las veces de puerta de aquella estancia, y accedió a su interior. El contraste de temperatura consiguió calmar su ímpetu durante unos segundos. Al fondo de la sala, decorada con sobriedad por cuatro bustos de la familia imperial adosados a las paredes y encaramados en peanas de madera, ardía en una gran chimenea un potente fuego que desprendía el fuerte olor acre de la madera de los bosques cercanos. Junto a la lumbre, sentado en una mesa de roble que, sin duda, había conocido mejores tiempos, se encontraba Tulio Servio, tribuno de la XIV Cohorte de *limitanei* adscrita a la guarnición principal de Mogontiacum. Aparentaba los cincuenta años que tenía, y cuando sus tropas lo observaban, veían en él el antiguo *comes* que por algún asunto oscuro nunca aclarado había tenido que abandonar la corte, purgando sus faltas, dejando pasar el tiempo en aquel destino infame, cortando así de raíz un prometedor *cursus honorum* cuyo final soñado ya nunca alcanzaría. Frío pero competente, mantenía una relación distante con sus hombres, si bien todos concluían en que no era el peor mando que les podía haber tocado en suerte. Ante la entrada de Cayo en la estancia, apenas hizo un movimiento perceptible con la mano, indicando que aquella intromisión no era demasiado bienvenida. El *limitaneus* esperó, el casco en una mano y la otra en el pomo de su *gladius*.

—Acércate, Cayo. —Tulio conocía ya a todos sus soldados por su nombre—. ¿Qué es tan importante como para entrar de esta manera? —Levantó por fin su mirada escrutando el aspecto del soldado—. ¡Y sin asearte un poco, por Juno!

El tribuno pertenecía a uno de esos ciudadanos que, aunque se declaraban devotos cristianos, aún se encomendaban por tradición y cierta rebeldía de antiguo patricio a las viejas divinidades protectoras de Roma.

Cayo dio unos pasos hasta la mesa tras la que aguardaba el comandante del fuerte y, llevándose el puño al pecho en señal de saludo, se dispuso a informar de las inquietantes novedades.

Horas después se abrían las puertas del puesto fronterizo y un jinete abandonaba la fortificación espoleando a su caballo, dejando tras de sí una familia inquieta, una guarnición en estado de alerta y las

huellas de su paso, marcadas en la nieve que cubría la grava de la calzada que comunicaba aquel confín del Imperio con Augusta Treverorum.

Mientras Cayo cabalgaba a través del manto blanco, no muy lejos, desde la altura de un promontorio que dominaba el fuerte, unos ojos escrutadores vigilaban la marcha de aquel punto negro que destacaba en la palidez del paisaje, alejándose hacia el oeste. Sin perder tiempo, aquel explorador volvió la grupa de su caballo y comenzó a descender lentamente por la colina en dirección a un pequeño grupo de jinetes que esperaba en sus monturas, envueltos en pieles y armados con lanzas y hachas sujetas a su cintura. Los guerreros marcomanos no intercambiaron palabra y, simplemente, se encaminaron hacia el este, de donde habían llegado esa mañana, cruzando el río al amanecer.

II

AUGUSTA TREVERORUM

Cuando levantó la cabeza del mapa, pudo comprobar que el sol, que aquella mañana prometía algo de templanza en el ánimo de los hombres, ya había desaparecido, oculto por nubes que anunciaban otra borrasca. Sin embargo, aún con todo, la luz apagada del invierno atravesaba la estancia y una ligera y gélida brisa conseguía que aquellos cortinajes rojos dieran algo de solemnidad a la reunión de mandos que concluía ya. Los oficiales presentes a duras penas podían mantener su optimismo ante la realidad de los hechos: desde hacía ocho meses, miles, decenas de miles de hombres, mujeres y niños se agolpaban en la margen derecha del Rhenus. Vándalos, suevos y alanos, empujados a su vez por el desplazamiento violento de un poderoso contingente huno en las grandes llanuras del curso medio del Danubio, consideraban que resultaría menos peligroso buscar nuevos asentamientos dentro del Imperio que vivir sometidos a la barbarie venida de Oriente a lomos de pequeños y veloces caballos, y acompañada por saqueos, pillaje y destrucción de sus tierras, en la Germania situada al oeste de los Cárpatos. Y allí se encontraban ahora, en la frontera del Imperio, al otro lado del ancho Rhenus, tras un largo viaje. Y habían decidido que no podían esperar a que les fuera concedido un permiso para entrar. Ya no. Habían transcurrido demasiados meses de negociaciones y las demandas de los jefes de aquellos pueblos sobrepasaban lo tolerable para un imperio que seguía viéndose a sí mismo como un mundo aparte, lejano a la barbarie que ahora estaba a sus puertas, amenazante y fortalecida por un deseo de supervivencia difícil de dominar con la fuerza de las palabras. Se había considerado que el hambre conseguiría debilitar sus demandas, mientras hacía estragos en la parte más débil de aquel contingente. Mujeres y niños acompañaban a los hombres en carruajes que transportaban sus escasas pertenencias, con el ansia de escapar a una nueva vida, a un mundo mejor que el que les ofrecía la inseguridad de sus antiguas

tierras. Pero el invierno trajo consigo un hecho que nadie se había parado a pensar antes: aquella frontera natural que era el curso del Rhenus se estaba congelando, y si el tiempo seguía manifestándose como hasta entonces —frío en exceso y cargado de tormentas y duras ventiscas—, el cauce terminaría por helarse y en ese instante, agotadas ya las palabras, no habría forma de parar la avalancha.

Augusta Treverorum estaba demasiado cerca. Apenas noventa millas separaban la gran y próspera urbe de aquel límite que durante siglos había salvaguardado su opulencia. Y la única fuerza militar que aún podía intentar remediar la situación se encontraba bajo su mando. Quinto Flavio Julio, nuevo *magister militum praesentialis* con mando en la Galia, había sido recientemente nombrado para ese cargo por Rávena, ayudado por su fama de organizador y, quizás también, por la influencia de su compañero de armas y superior jerárquico, Estilicón, actual *magister militum* de todos los ejércitos de aquel imperio occidental.

Quinto, asomado a una de las decenas de ventanas abiertas en el cuerpo de la torre que presidía la entrada norte de la ciudad, intentaba distraerse de sus sombríos pensamientos. Las preocupaciones lo asaltaban con mayor fuerza desde la reunión de mandos que había tenido lugar aquella mañana en una de las dependencias de la torre *dextra* de la puerta principal de la antigua capital imperial. Comprobaba, para apartar sus negros presentimientos, cómo los ejercicios de entrenamiento e instrucción que había ordenado se estaban llevando a cabo en el campamento a buen ritmo, pese a las inclemencias del frío. Desde allí podía observar también las tiendas de la Legio Martis, perfectamente alineadas en calles, asentado el emplazamiento intramuros en el enorme terreno que separaba las murallas de las primeras edificaciones de la ciudad y que se abría, a la derecha de la puerta, entre el comienzo del *cardo maximus* y la parte de la muralla que se asomaba al río Mosela. En el lado izquierdo, dirigiendo la mirada hacia el interior desde la puerta, cercana al circo, se asentaba la Legio Septimani, pero desde la ventana no se podía admirar el recinto en toda su extensión. Quinto contempló el caserío de la ciudad. Tenía ante sí el espectáculo de una concentración de ciudadanos y esclavos, romanos o extranjeros, que continuaban su día a día, ajenos a las negras nubes de muerte y destrucción de las que parecían a resguardo por la inercia del paso de los siglos de aquella *pax romana* que había acompañado sus vidas, como lo había hecho con tantas gene-

raciones anteriores. El general, como abrumado por la responsabilidad y quizás correspondiendo a esa visión dramática de la vida que lo acompañaba desde hacía años, se echó sobre los hombros su pesada capa de pieles y, asomándose al exterior tras abrir los pesados postigos de la ventana, apoyó sus manos sobre el alféizar para observar mejor la escena, desde la privilegiada atalaya que resultaba aquella estructura en la que se encontraba residiendo.

La Porta Principalis de Augusta Treverorum era una obra maestra de la ingeniería militar. Ocupaba, sin duda, un lugar preeminente en las defensas de la ciudad. Conformaban su estructura dos imponentes torres semicilíndricas de tres alturas, jalonadas las paredes de cada uno de sus pisos con ventanas abiertas a modo de grandes aspilleras enmarcadas en pequeñas columnas de arcaico orden dórico, desde las que podía defenderse la entrada en todas las direcciones, pero que también cumplían funciones de puertas de luz que iluminaban las estancias, como aquella en la que se encontraba. El recorrido urbano, protegido por aquellos baluartes, comenzaba allí, en el inicio de norte a sur del imponente *cardo*, eje central de la vida de la ciudad, verdadero canal vertebrador de la energía y la pujanza de lo que un día fue ciudad imperial.

Un ligero carraspeo interrumpió las meditaciones del general.

—Estilicón —dijo la voz, y se acercó hacia la ventana de la sala donde Quinto seguía con la mirada los movimientos de sus soldados sobre la nieve.

—Estilicón, sí, Lucio —repuso Quinto con fastidio—. Me espera en las termas, junto al río, lo sé.

Se volvió mirando al oficial que lo había devuelto a la realidad. Lo vio más avejentado, surcado su rostro por las heridas del tiempo, por las de los años que habían transcurrido desde la primera vez que se fijó en aquel veterano centurión, al que había rescatado del tedio de la guarnición asentada en Mediolanum en la que estuvo destinado varios años. Desde entonces lo había acompañado como una sombra en todas las campañas, apuntalando con su orden y eficacia el ardor del soldado impetuoso y emocionalmente inestable que era Quinto.

—Solo al gran hombre se le ocurriría preparar una batalla sentado en pleno invierno en una piscina, mientras el mundo se tambalea a su alrededor. —Asintió despacio, esbozando una media sonrisa—. Sea; quizás me haga falta un buen baño, la verdad. Creo que nadie sabría

distinguir en estos momentos mi olor del de mi caballo. —Se rio cuando notó que su acompañante relajaba un tanto su expresión hasta casi esbozar una sonrisa—. Iré solo, Lucio —continuó—. Me apetece pasear por una vez sin sentir el aliento de mi guardia en el cuello.

Miró fijamente cómo la mueca inicial de su subordinado se transformaba en un gesto de desaprobación. En el fondo, disfrutaba con esas pequeñas rebeliones a las que sometía al veterano ayudante.

—Como ordenes, *magister*. —Lucio citó su cargo oficial a propósito, como cuando deseaba recalcar su reparo por una orden sin parecer irrespetuoso.

Quinto cerró los ojos y con un gesto dio por terminada la conversación. Se cerró la capa de manera que quedaran ocultos los distintivos de su mando y se dirigió hacia la puerta con pasos firmes. Mientras bajaban las escaleras de la torre, Lucio portaba sus armas y los documentos que habría que estudiar durante la noche para preparar la marcha y observaba preocupado a su legado, quien acortaba el camino saltando de dos en dos los escalones, ensimismado en sus pensamientos. Al salir del edificio, la luz que por fin surgía clara y probablemente fugaz tras varias semanas de ventisca cegó a ambos soldados durante unos segundos. La temperatura era gélida, y un ligero viento traía desde las cercanías los olores del humo de las fogatas que los soldados de ambas legiones, acantonadas al amparo de las murallas, se habían visto obligados a improvisar. Quinto sonrió y pareció recobrar el aliento y con él el optimismo que siempre lo acompañaba. Se alegró de no haber traído la coraza ni el casco, vestido como iba bajo su pesada capa, con su sencilla túnica corta de diario, ceñida por el cinturón de cuero del que colgaba el puñal legionario reglamentario, calzando sus botas desgastadas por el uso y portando como única joya distintiva el anillo que lo identificaba como ilustre hijo descendiente de una antigua familia. Miró al centurión y, luciendo su mejor sonrisa a modo de desagravio, le hizo un gesto con la mano, despidiéndose.

Lucio conocía lo suficiente a su general como para saber atender aquella pequeña súplica de independencia, y, aún preocupado por su seguridad, consideró que en una ciudad como aquella, impregnada totalmente hasta sus cimientos de los recuerdos imperiales, del fasto de la púrpura que no hacía muchos años dominaba el ambiente, no habría peligro que temer. Así pues, nada opuso a sus deseos. Lo observó, por tanto, durante unos segundos mientras se

alejaba, perdiéndose entre la multitud que a aquella hora se arremolinaba entre los pequeños puestos de las *tabernae* que jalonaban el recorrido porticado de la larga avenida.

A lo largo del *cardo*, animado por un indescriptible bullicio aun en época de incertidumbre invernal, los ciudadanos ofrecían al visitante un espectáculo colorista y confuso que aprovechaba aquella breve tregua de luz para mostrarse sobre las losas de la avenida. El conjunto formaba un río de togas, túnicas, capas, botas, susurros, gritos, palabras de negocios, arreglos mundanos o confidencias secretas que arrollaba con la fuerza de un torrente y envolvía al paseante en una suerte de sinfonía de ruidos y sonidos, afinada por el frío viento que surcaba de norte a sur la arteria principal de la ciudad.

Quinto encaminó sus pasos por el lado izquierdo del *cardo*. Mientras avanzaba, sorteando transeúntes que se afanaban en sus quehaceres diarios, disfrutaba en aquellos momentos, pese al gentío, de una soledad que en pocas ocasiones podía saborear. Le sorprendía la actividad frenética que parecía invadir cada rincón de la enorme población que era Augusta Treverorum, y se dejó arrastrar por el rumor constante de su vitalidad.

La ciudad abarcaba una amplia extensión de terreno que, en suave pendiente, se recostaba sobre la margen derecha del río Mosela, afluente del gran Rhenus. Circundada por una muralla que dibujaba un perímetro irregular a modo de rectángulo imperfecto, estaba abierta al exterior por tres grandes puertas: la sur, comenzando en ella la ruta que la comunicaba con el resto del Imperio; la principal, al norte, guarnecida por las dos grandes torres en las que Quinto había establecido su residencia temporal y que era principio y término de la calzada que comunicaba con las ciudades ribereñas de la frontera en Germania, y, finalmente, la puerta oeste, que controlaba el paso del río por el único puente que permitía su cruce de forma vigilada. Junto a ese puente, adyacente al *decumanus* de la ciudad, se levantaba el imponente edificio de las termas al que Quinto dirigía sus pasos. Aquella estructura albergaba uno de los tres complejos de baños que hacían de la ciudad un importante y significativo centro de referencia como espacio público y de recreo en el Imperio, y se encontraban entre los más apreciados por los habitantes de cierta posición social en la ciudad. El viejo anfiteatro, ya en desuso, y el enorme recinto del circo recordaban, con su presencia en la pequeña

elevación del terreno que se alzaba intramuros hacia el este, el antiguo esplendor de los espectáculos mundanos que estaban siendo apartados por el celo de las nuevas normas que pretendían regir las conciencias y, con ellas, las costumbres ciudadanas. Finalmente, situada junto a aquellos vestigios olvidados y como recuerdo de la presencia imperial que un día distinguió a la ciudad, un enorme recinto amurallado dentro del propio casco urbano contenía las dependencias palaciegas y, sobre todo, el imponente edificio de la basílica, utilizado en tiempos de Constantino y hasta finales del siglo III como Aula Palatina. Era, sin duda, el más impresionante lugar de recepciones. Revestida su amplia y alta nave con mármoles blancos y negros, su presencia apabullante debía imponer respeto y miedo a los embajadores extranjeros, senadores y demás personajes públicos o privados que accedían al emperador cuando este se desplazaba a la ciudad y recibía en audiencia. Junto a esta estructura se alzaba la primera iglesia de la población, sede del obispo. Así, el conjunto de edificaciones constituía, además de centro eclesiástico, la residencia y dependencias del *magister officiorum*, a todos los efectos la autoridad civil máxima de la diócesis, responsable de la recaudación de impuestos, juez supremo y encargado del correcto funcionamiento de los suministros.

El conjunto de aquella urbe, puerto fluvial de cierta importancia, ofrecía a quien accedía a su interior el perfecto resumen de una ciudad romana al uso, enclave y encrucijada de caminos. Era el espejo en el que se reflejaba la abundancia que desde hacía años había sido exhibida ante los habitantes del otro lado de la frontera. Augusta Treverorum era, por tanto, la esencia misma de la romanidad, en su exultante riqueza y en su fascinante poderío. Aquel enclave, sin embargo, mostraba ahora su debilidad, precisamente a causa de tal proximidad. La impudicia del espectáculo le iba a resultar cara. El final de la opulencia quizás habría de llegar con aquel invierno en el que el hielo había dejado de crujir. Una ciudad imponente que aún no aparentaba ser el alma de un fuego que podría avivarse en poco tiempo.

Quinto decidió acortar su camino hacia las termas cruzando el principal foro de la ciudad, desviando sus pasos a la derecha del *cardo*, hasta entrar en él a través de una de las múltiples puertas de acceso al recinto. La mañana era cada vez más gélida, pero, pese a ello, una multitud concentraba sus afanes en aquella enorme plaza porticada presidida por la basílica, sede de los negocios y de la justicia, que

ocupaba todo el largo de uno de los lados del enorme espacio público, cuidadosamente pavimentado con una piedra pulida por décadas de pisadas.

Observó el gentío. Era un concurso abigarrado de ciudadanos y esclavos que se afanaban en sus tareas, aparentemente inmunes al frío y a las noticias que traían rumores cada vez más alarmantes. Allí, dos esclavos acarreaban un mueble de terraza con dudoso destino, en estampa insólita en un día de invierno; más lejos se arremolinaban hombres y mujeres alrededor de un joven de aspecto desastrado que pretendía engañar al incauto que intentara adivinar dónde permanecía oculta la piedra que se dispersaba entre cubos boca abajo, movidos por su ágil mano. En una esquina, unos mozalbetes jugaban a acertar con sus guijarros, lanzados con destreza, a los incautos y hambrientos gorriones que se acercaban en búsqueda de los restos que se abandonaban en los diferentes puestos de comida, que, ilegalmente, ofrecían frutos secos y algo de caza fuera de los límites del *macellum*, con el fin de no pagar las cada vez más elevadas tasas. Las voces se entremezclaban en acentos diferentes que reverberaban entre las paredes enmarcadas en la columnata. El conjunto ofrecía, sin embargo, por encima de aquella algarabía, el marco de solemnidad mercantil y judicial que precisaba aquel espacio.

Toda preocupación, incertidumbre, inquietud o lamento parecían encontrarse suspendidos; y Quinto disfrutó con esa sensación mientras caminaba sintiéndose libre, sin escolta, sin los distintivos de su rango, aproximándose casi por casualidad a los puestos que, junto a la esquina de la basílica, ofrecían un mercado de papiros y pergaminos confuso y caótico, como si tales trabajos fueran verdura dispuesta a ser cocinada. Atraído por aquella rareza invernal de la ciudad, se dedicó a hojear las obras en venta: extraños y desconocidos textos de viajes, copias de los firmados por Heródoto; comedias de Plauto, acompañando los tiempos a la moda antigua; siempre Virgilio, amado por la élite; el denostado Apuleyo e incluso Petronio, difícil de encontrar en aquellos tiempos; pero también algunos textos de poetas ilegibles de latín exagerado, culto y en desuso, los omnipresentes autores griegos, literatos persas que escribían en lengua incomprensible. Obras, en fin, enrolladas con esmero las menos, decrepitas por el uso las más. Creyó estar transportándose a otro mundo.

Y entonces la vio.

Aquellas manos delgadas acariciaban el rollo de papiro que sostenían, mientras la tenue luz invernal centelleaba sobre un pelo ligeramente recogido por una cinta, que respondía al brillo de su negrura con reflejos azabaches. Bajo un abrigo de piel de tonos azulados por el caro tinte que evidenciaba, se descubría, en coqueta abertura de la capa que, pese al frío, no había abrochado, una túnica larga de pálido color blanco, levemente ceñida en su cintura por un cordón que apenas insinuaba su feminidad. El cuello abierto de esa capa permitía entrever un sencillo broche dorado sin excesos decorativos que sujetaba y al tiempo reafirmaba el conjunto. Quinto no pudo evitar admirar con deleite insospechado la elegancia de un cuerpo proporcionado, delgado y firme en su insultante juventud y sin que su estatura destacara entre la multitud que apuraba sus pasos en aquella plaza, el porte erguido de la dama avisaba de que era distinta a todos los que la rodeaban. La mujer no apartaba sus ojos de la mercancía que un comerciante ávido de ventas pugnaba por colocar. Finalmente, con un gesto sencillo, asintió y, mirando de soslayo a la esclava que la acompañaba, esta obedeció mecánicamente depositando en las manos del viejo el precio que, sin regateo, pareció ofrecer recompensa generosa, a juzgar por la cara de satisfacción del tendero. Quinto asistió hechizado a la escena, allí parado, absorto en contemplar la naturalidad con la que aquella mujer se desenvolvía entre el bullicio. De repente, su cuerpo dejó de reaccionar cuando ella, volviendo suavemente la cabeza, lo miró por unos segundos. Sus ojos verdes escrutaron intrigados a aquel hombre que, a poca distancia, no paraba de observarla. Ella quizás lo había intuido, y no pudo contener una leve sonrisa que hizo que, en sus labios, la sensualidad que prometían a simple vista dejara paso a una evidente certeza. Sostuvo su mirada durante unos segundos y, sin dejar de sonreír al más que evidentemente sorprendido Quinto, se giró hacia su esclava, que aguardaba expectante, y sin mediar palabra comenzó a andar volviendo la espalda al general, que quedó paralizado, entre asombrado y absorto, plantado allí como estatua inmóvil rodeada de figuras que trajinaban ajenas al rayo que había fulminado, a través de unos ojos de esmeralda, la templanza del nuevo y orgulloso *magister militum praesentialis*.

Cuando Quinto pudo darse cuenta, ella ya había desaparecido. Buscó entonces con la mirada entre la multitud y finalmente acertó

a vislumbrar un destello azulado que, de forma fugaz, doblaba la esquina de un callejón que permitía la salida del foro. Movidó por un impulso de curiosidad casi infantil, y tratando de no vulnerar en exceso las formas que se suponían adecuadas para un hombre de su posición, aceleró sus pasos sorteando a comerciantes, ciudadanos y esclavos. Cuando por fin afrontó la entrada del estrecho pasaje, la vio al fondo, acompañada por su esclava, y Quinto creyó percibir en el ambiente el olor dejado a su paso. De repente, se sorprendió a sí mismo cuando, alargando su zancada, alcanzó a ambas mujeres y sin motivo aparente, con una elemental ausencia de cortesía y transgrediendo cualquier norma de corrección social, pudo escuchar su voz interpelando a aquella desconocida.

—Soy Quinto, Quinto Flavio Julio. —Y no dijo más, esperando el impacto que su nombre siempre causaba cuando era pronunciado.

La mujer pareció no inmutarse, y, parando su paso, lo miró divertida. Sus ojos penetraron profundamente en los del general, lo suficiente para comprender al instante lo absurdo que aquel hombre podía sentirse ante la falta de impresión que su anuncio había producido.

—Y yo, Licia. Simplemente Licia —le dijo con cierta sorna mientras a duras penas contenía la risa, divertida por un comportamiento más propio de impúberes que del hombre curtido que se encontraba ante ella. Y esperó a que el soldado se repusiera de su azoramiento.

Quinto hizo que pasaran unos segundos que él sabía, como estratega avezado, que eran claves para descubrir al contrincante las propias debilidades. Y decidió afrontar el encuentro con audacia, sobrepuesto ya de su inicial torpeza, impulsado a recuperar el terreno perdido, obviando la pequeña humillación a la que estaba siendo sometido por aquella muchacha con la aparente indiferencia que mostraba ante la proclamación de lo que él consideraba impresionante linaje familiar.

—También me apasiona la buena literatura —intentó aparentar naturalidad mientras señalaba con su índice los rollos que portaba la anciana esclava—. Tenía una biblioteca aceptable en Mediolanum, pero fue destruida por un incendio. Mi esposa murió entonces.

Avergonzado por haber contado una mentira tan brutal, directa e infantil a una desconocida, Quinto sintió un extraño malestar interior. Nunca se había sentido tan torpe.

—Lamento tu pérdida, soldado —le contestó muy seria Licia, algo descolocada por aquella confesión tan personal—. Seguramente te costará años recuperarte de tal tragedia.

—Bueno —respondió Quinto, con evidente malestar—, he adquirido nuevos rollos desde entonces. —Y según lo decía, se dio cuenta de su estupidez e insensibilidad.

Para su sorpresa, Licia se mostró desconcertada y, sin poder contenerse, soltó una risa franca y sincera que, además de un reconocimiento de lo absurdo de la situación, consiguió reconfortar a Quinto, en exceso tosco en su poco sutil parlamento.

El general se disponía a tratar de corregir el dislate continuando su discurso cuando, de repente, Licia, en un sorprendente gesto, puso su dedo índice en los labios de aquel militar asustado.

—Cállate —le dijo—, no hables más, por favor.

Y lo miró con curiosidad. Había algo en ese hombre azorado y nervioso que le atraía. Así lo pensó entonces.

—Se me hace tarde, soldado, y vivo lejos. —Comenzó a caminar con estudiada indiferencia y luego, como recapacitando, detuvo sus pasos y se dirigió a él, casi en un susurro—. Siempre me acerco al foro, tres días por semana, a la misma hora.

Quinto sintió por unos instantes un arrebató de felicidad infantil. Pero pronto volvió a su ser, sopesando las posibilidades reales de aquel encuentro que abiertamente se le proponía.

—Pero yo no estaré aquí mucho tiempo; me iré pronto —dudó—. Comando las legiones que acampan junto a la muralla —dijo con pueril orgullo— y debemos partir, al Rhenus..., en breve —acertó a balbucir, torpe e imprudentemente, mientras contemplaba cómo se alejaba de nuevo la causa de su turbación—. ¿Te volveré a ver? —acertó finalmente a preguntar, desesperado por dejar una vez más tan clara su evidente vulnerabilidad.

Se estaba comportando como un necio. Y era plenamente consciente de ello.

Licia detuvo nuevamente sus pasos y, girando su cuerpo levemente, observó a aquel hombre poderoso pero desarmado ante ella. En su mirada, Quinto pareció adivinar la curiosidad incipiente de unos ojos que lo escrutaban estudiándolo con atención. Al final, tras unos segundos, esbozó una sonrisa.

—Si te vas a ir, vuelve entonces, soldado, y vuelve vivo.

III

LAS TERMAS

Comenzaba a oscurecerse de nuevo el cielo, difuminándose las nubes en un tablero gris plomizo que no diferenciaba contornos y que presagiaba la nieve que anunciaba su regreso, quizás para quedarse como incómoda invitada una vez más, impregnando la vida de los habitantes de aquella zona del Imperio, de aquella ciudad, sin embargo, y pese a ello, en movimiento.

Quinto tardó aún algún tiempo en escapar de los pensamientos que lo habían alejado de su condición de soldado, de oficial de Roma con una misión concreta que llevar a cabo. Aquel encuentro en el foro lo había dejado —él no sabía aún hasta qué punto— inmerso en una ensoñación tan humana y antigua que ni toda la voluntad de su espíritu habría podido librarlo de permanecer abstraído, mirando hacia el fondo de aquella calle estrecha que lo alejaba mentalmente de su cometido.

Licia, sin más. Ni siquiera había preguntado dónde vivía o a qué familia pertenecía. Licia, un único nombre, no muy común, era cierto, pero solo un nombre entre los miles de habitantes de la ciudad. Licia...

Un súbito golpe de viento helado lo despertó de improviso. Recordó el porqué de su visita al foro y se sintió estúpido. Abandonó aquel estupor sorprendente que lo había asaltado, maldiciéndose por su inmadurez. Abrigándose con la capa de pieles ante la acometida invernal que arreciaba, volvió sobre sus pasos y se encaminó desde aquel lateral de la enorme plaza, calle abajo en dirección al puente sobre el Mosela, junto al cual se levantaban las termas donde seguramente ya lo estaría esperando Estilicón, puntual siempre en su estricta aplicación de lo militar a cualquiera de sus actividades. Apresuró el paso sorteando los carromatos que, cargados con las mercancías y abastecimientos de invierno, habían cruzado ya los controles aduaneros y se dirigían al *macellum*, remontando la calle por la que él transitaba.

Había otros dos grandes complejos de termas en Augusta Treverorum, pero aquellas eran las más afamadas y concurridas, no por los ciudadanos de más dudosa condición o escaso patrimonio que poblaban con asiduidad las ubicadas en el extremo opuesto del *decumanus*, cerca del antiguo anfiteatro, ni, obviamente, por el patriciado urbano que encontraba su descanso en las mucho más pequeñas y reservadas instalaciones que se levantaban en el conjunto palatino dominado por el Aula, al este de la población. Las termas ubicadas junto al puente sobre el Mosela habían sido construidas a finales del siglo II de aquella era; se hallaban entre las de mayores dimensiones del Imperio y eran, sobre todo, apreciadas por la magnificencia de sus instalaciones y la contrastada higiene que suponía encontrarse ubicadas junto al río, lo que facilitaba el continuado y rápido desagüe de las aguas residuales de todo el complejo.

Quinto contempló brevemente la fachada del gran edificio, cuyo frontal mostraba al visitante una imponente puerta que permitía el paso al público mediante tres arcos de medio punto, el central de mayor tamaño y los dos laterales de inferior altura, a modo de entrada triunfal que franqueaba el paso a una enorme palestra, ahora cubiertos sus suelos enlosados por la nieve que arreciaba a cada minuto. La explanada descubierta, como una gran plaza pública, era aprovechada en los meses de verano para la práctica del ejercicio físico de los ciudadanos, previo a la llegada del momento de relajación y buena conversación que proporcionaba la calidez de los baños del interior. Ahora, sin embargo, asemejaba un manto de silencio, extendido donde habitualmente se podían escuchar, entremezcladas, las voces despreocupadas de los ciudadanos ejercitándose.

Quinto dirigió sus pasos a través de las galerías cubiertas que enmarcaban los laterales de la palestra, sorprendido de la abundancia de soldados ubicados a lo largo del recorrido, con seguridad miembros de la guardia que acompañaba al *magister militum* en sus desplazamientos. Lo reconocieron, pese a su capa, y, conforme avanzaba, cada hombre cuadraba su gesto en señal de respeto. Probablemente, había comandado a varios de ellos en batallas que ya le resultaban lejanas en el tiempo, y esa familiaridad con la milicia hizo que lo abandonara por breves momentos la emoción que lo había invadido tras su encuentro en el foro. Accedió al imponente vestíbulo por una de las puertas que presidían el edificio principal,

la reservada a los ciudadanos varones y que conducía al visitante hacia el interior. El espacio al que introducía deslumbraba por el esplendor de su arquitectura de gigantescas techumbres, sustentadas en enormes columnas de mármol veteadas que soportaban el peso de casetones decorados con vivos colores. Todo ello daba al conjunto abovedado un aspecto de ligereza que nadie hubiera podido sospechar tras aquella apariencia monumental. El ambiente cálido del interior contrastaba fuertemente con el frío invernal que dominaba las calles de la ciudad, y, pronto, Quinto sintió que su pesada capa sobraba en aquel recinto caldeado por el aire templado que ascendía por el interior de las paredes, proveniente de los enormes hornos que poblaban el subsuelo, alimentados sus fuegos por legiones de esclavos que se encargaban de su mantenimiento.

El *magister militum* estaba familiarizado con ese tipo de estructuras, y por ello se encaminó instintivamente hacia la *apodyteria*, bordeando la enorme *natatio* cubierta, donde pocos bañistas se atrevían a remojar sus cuerpos en el agua fría, que parecía una opción poco atractiva en aquella época del año. Guardando la entrada de los vestuarios, se encontraban de pie a ambos lados de la puerta dos soldados más, ataviados con el uniforme de la guardia imperial, vestidos con pantalones largos y túnica ceñida por el cinturón de hebillas recargadas, espada y puñal al cinto, casco y escudo ovalado con el símbolo del crismón en su centro. Aparentaban estar fuera de sitio y de lugar, sudando copiosamente bajo aquella parafernalia militar. Sin duda, lo estaban esperando, y, ante su llegada, los dos abandonaron su poco marcial posición para cuadrarse en señal de respeto, llevándose la mano derecha al pecho al unísono mientras permitían la entrada del general en aquella habitación enorme cuyas paredes se veían repletas de nichos vacíos donde depositar la ropa de los usuarios.

Quinto se deshizo con rapidez de su pesada capa invernal y comenzó a desnudarse. Acudir desarmado y vulnerable a cualquier cita no parecía en aquellos tiempos una actitud prudente. Sin embargo, él sabía que nada había de temer del *magister militum* que lo aguardaba en el interior del recinto. Estilicón, hijo de un militar vándalo al servicio del Imperio, resultaba ser el más romano de los ciudadanos romanos, si bien entre algunos senadores que aún intrigaban desde Roma en la corte de Rávena existía cierta costumbre

favorable a potenciar la insidia. Por ello ponían en duda la lealtad de quien fuera tutor imperial, acusándolo recurrentemente de connivencia con el enemigo, a quien se encontraría supuestamente unido desde su nacimiento por sus orígenes a los que ahora llamaban a la puerta de las fronteras de manera poco amistosa. Quinto ya había escuchado antes esas calumnias, y quizás por ello no le sorprendió tanto el exceso de protección personal que detectaba en el interior del recinto termal. Ajustó una tela de lino a su cintura y se dirigió hacia el *tepidarium*, notando al instante que su cuerpo se estaba aclimatando rápidamente a aquella temperatura que lo transportaba a otras épocas de su vida, otro mundo de comodidades que hacía tiempo no sentía. Quinto no era hombre que destacara por su corpulencia. Era alto para los estándares de la época y correctamente proporcionado; sin embargo, pese al ejercicio físico al que lo abocaba la milicia, su cuerpo mostraba más cicatrices de heridas en combate que músculos desarrollados en exceso. Aunque visitaba las termas de las diferentes ciudades en las que había sido destinado, no hallaba demasiado placer en cultivar el cuerpo. Siguió andando con paso firme y, mientras franqueaba las distintas salas en las que los rostros curiosos lo miraban desde las piscinas de agua templada, notaba cómo las conversaciones cesaban a su paso para retomarse en voz más baja conforme se alejaba. Se sabía observado, y su presencia acompañada de la de aquella guardia imperial avisaba de los sucesos graves que acontecían en aquellos días.

Sus pies desnudos enseguida se acostumbraron a la tibieza del calor que desprendía el suelo, irradiado por el aire caliente que, siempre ascendente, se desplazaba a través del enorme hipocausto construido bajo la superficie de aquellas estancias, decoradas con mosaicos que representaban, al gusto de la época en la que fue construido el complejo, figuras geométricas de tonalidades negras y grises. Adivinó enseguida dónde lo esperaba Estilicón al seguir el movimiento de sirvientes y soldados, que, frente a una puerta cerrada al final de la gran sala abovedada, entraban y salían de ella, afanándose al mismo tiempo en alejar a los ciudadanos curiosos que pretendían averiguar cuál era el acontecimiento del día. Dos hombres armados, que evidentemente desentonaban por su vestimenta con el lugar, le abrieron la puerta, y accedió al recinto del *caldarium*, reservado en exclusiva para esa ocasión señalada. Entró

y una ola de calor le impactó en el rostro. Allí, recostado en el lateral de una pequeña piscina de la cual se desprendían vapores que anunciaban la elevada temperatura del agua, se encontraba Estilicón, *magister militum* del Imperio occidental, protector de Roma, antiguo preceptor y tutor del joven emperador Honorio, jefe de los ejércitos que pugnaban por mantener y defender el modo de vida que permitía precisamente aquel encuentro y en aquel concreto lugar.

—Acércate, Quinto —le dijo con voz firme el general, sin siquiera mirarlo, levantando ligeramente la copa de vino que asía con su mano derecha—. Veo que no has abandonado tus buenos hábitos de puntualidad.

Quinto notó el sarcasmo en la voz de aquel hombre. Era evidente que se había retrasado, pero, desde luego, no tenía intención de confesarle el motivo.

—Lo siento, general —comentó mientras se desprendía de su toalla y comenzaba a bajar las escaleras de la piscina—. La reunión terminó más tarde de lo habitual —mintió, y notó de inmediato el calor del agua en su cuerpo, sintiendo cómo sus poros se abrían y sus músculos, agarrotados por el frío de tantos meses, se relajaban.

Tomó asiento frente al hombre que lo había citado y, finalmente, agradeció para sus adentros que tal reunión se celebrara en aquel lugar. Desde luego, Estilicón sabía cómo adaptarse en todo momento a la situación, fueran cuales fueran las circunstancias. Quinto notó la temperatura extrema del suelo que pisaba y pensó por un momento en que las enormes calderas de agua calentadas a fuego vivo que permitían alimentar aquel habitáculo se hallaban justo bajo él. Notó cómo su tensión corporal bajaba y se abandonó a aquella sensación mientras observaba la sonrisa abierta de su general, que asentía con igual satisfacción al comprobar la relajación en el rostro de su subordinado.

—Habías olvidado los placeres de un buen baño, ¿verdad? Tu olor te precedía, Quinto. —Y soltó una risotada que no fue acompañada por el aludido, ligeramente molesto al recordar que aquel desaseo también podría haber sido notado por la mujer a la que acababa de conocer.

Estilicón lo despertó de sus preocupaciones mundanas cuando con un gesto despidió de la sala a todos los acompañantes y sirvientes que se encontraban en ella, quienes abandonaron el recinto

con una satisfacción que a Quinto le pareció tan evidente como lógica, dada la elevada temperatura.

—Pongámonos serios —dijo el general con voz grave y omitiendo todo preámbulo de cortesía—. ¿Cómo ha ido la reunión con los tribunos de tus legiones? ¿Cuánto tiempo necesitan para estar preparados tus hombres? —preguntó sin mayores rodeos.

Quinto meditó su respuesta. Sabía que Estilicón era hombre paciente, pero estaba acostumbrado a solucionar los problemas de manera expeditiva y no quería dar la imagen de improvisación que él había sentido cuando escuchaba los informes sobre sus tropas.

—Razonablemente bien —contestó acodando los brazos en el borde de la piscina, decidido a contestar igualmente de manera directa—. Los soldados entrenan duramente, pero confiaba en descubrir más avituallamiento de combate en la ciudad. Escasean las flechas para los arqueros, las *ballistae* necesitan nuevos cordajes, los caballos más y mejor forraje y los hombres están cansados. Ha sido un largo viaje, y el estado del tiempo no ayuda.

Estilicón asintió. Confiaba en el criterio de su subordinado, pero torció el gesto ante las palabras de Quinto.

—Tiempo es lo que no tenemos, precisamente. —Bebió un largo trago de su copa—. Te seré sincero, Quinto. La situación es grave, si tengo que creer, y te aseguro que lo hago, los informes que me llegan de los oficiales de la flota, desde Mogontiacum. No estamos hablando de una solicitud amistosa de cruce de fronteras, y además ya sabemos cómo acabó aquello en el Danubio.

Quinto recordó fugazmente la muerte en la batalla de Adrianópolis del emperador Valente, hacía ya treinta años, a manos de un ejército godo que finalmente, harto de esperar al otro lado del río y tras ser sometido a las vejaciones de réprobos funcionarios imperiales, había decidido asentarse a sangre y fuego en el territorio del Imperio de Oriente, prescindiendo de las duras condiciones impuestas por Constantinopla.

—No, ahora nos toca a nosotros. —Estilicón pareció coger aire. Estaba claro que tenía ganas de exponer la situación con claridad, y Quinto no osó interrumpirlo—. Desde hace años, como bien conoces —continuó—, venimos sabiendo que miles de fugitivos, vándalos, alanos, suevos y burgundios, se han puesto en marcha ante el empuje huno desde los Cárpatos. Se han venido desplazando más

rápidamente de lo que hubiéramos creído nunca, hasta terminar en nuestra frontera, aquí mismo, a unas millas de donde tú y yo estamos tranquilamente charlando, protegidos por este ejemplo de nuestra obra que considerábamos inmutable. —Miró alrededor, intentando abarcar la lujosa estancia con su gesto—. El ataque de Radagaiso en el norte de Italia fue un aviso.

Quinto recordó la campaña en la que el audaz intento de penetración de aquel caudillo godo venido del este había fracasado, derrotado por un ejército comandado precisamente por Estilicón y en el que él mismo había participado destacadamente como joven y prometedor tribuno.

—Pero fue un aviso con una consecuencia letal para las arcas del Imperio —continuó—. Sí, lo derrotamos, pero ¿a qué precio? Cuando este pasado verano ordené ejecutar finalmente a ese maldito, nuevos pueblos se desplazaban hacia el oeste, y ya se estaban concentrando más hombres y mujeres desesperados, cada vez más impacientes, aplastados contra el Rhenus. Del ejército que comandé entonces para salvar la península, y en el que participaste, poco hay movilizado, y lo que resta en condiciones de combatir se dedica últimamente a proteger las cercanías de Rávena. Honorio no quiere saber nada de alejar esas tropas de sus inmediaciones y, aunque no sabe que, en realidad, quedan pocos soldados de aquella formación que trabajosamente conseguí reunir, él cree que se trata de una fuerza invencible que le permitirá seguir holgazaneando en su palacio.

Quinto se sorprendió de la crudeza de las palabras de Estilicón. Este había sido preceptor y tutor del joven emperador, y notó en aquel desprecio levemente velado por Honorio la amargura premonitória de un final de época, del ocaso de su tiempo como hombre fuerte del Imperio de Occidente.

Estilicón bebió de nuevo de su copa, recostó la cabeza sobre el borde de la piscina y continuó hablando, perdida su vista en las molduras que decoraban la bóveda de la estancia.

—No, Quinto. No quiero decir que todo esto se haya terminado. Sin duda, somos capaces de frenar de nuevo cualquier invasión, pero tengo que confesarte que por primera vez estoy preocupado. Tus legiones son la única defensa en estos momentos en la frontera. Entre ellas y la Tingitana no hay ninguna formación de combate

digna de ese nombre. ¿Por qué iba a haberla? La Galia está tranquila e Hispania lleva muchos años en paz absoluta; está lejos de cualquier frontera amenazante, el comercio fluye y la ley se aplica en la diócesis. ¿Por qué preocuparse, entonces, por gastar el dinero en el mantenimiento de legiones ociosas? Y, en realidad, ¿a quién le importa?

»Solamente quedan las tropas de Britania, comandadas por ese estúpido arrogante de Constantino, que tiene a su no menos estúpido hijo Constante como consejero. No me gustaba la idea de tener que llamarlas como refuerzo para proteger la Galia, pero no he tenido más remedio que hacerlo, aunque no sé si llegarán a tiempo. Desconfío de Constantino, pero no tengo elección. —Cerró los ojos—. Abandonar Britania o perecer. No hay más alternativa. No te sorprendas. —Miró de nuevo fijamente a Quinto—. Sé que en Rávena siguen empeñados en mostrar mapas y posiciones con tropas de *limitanei* y *comitatenses* que realmente solo existen en los archivos imperiales. La realidad, Quinto, es que entre tus hombres y el resto del Imperio no hay nada. Nada, ¿me entiendes?

»Y ahí al lado —hizo un gesto con la mano señalando el exterior, en dirección al este—, ahí al lado, Quinto, se concentran, helados de frío, muertos de hambre, miles, decenas de miles de seres a los que les hemos prohibido la entrada a lo que ellos perciben como su salvación. Decenas de miles, ¿me oyes? El hambre crea desesperación, y la desesperación fomenta la audacia. Y la audacia es lo que los vuelve temerarios. ¿No escuchas el río Mosela, justo aquí al lado? Estas mañanas me he dedicado a observarlo. Cada madrugada muestra un desfile de bloques de hielo más compacto, conforme ha ido arreciando la ventisca. Ya falta poco, Quinto, para que el puente sea perfectamente prescindible. Y si el Mosela se hiela aquí, el Rhenus tiene que estar a punto de ser transitable por encima de una superficie que será el mejor de los pasos para esos guerreros hambrientos y desesperados. Solo nos quedas tú; tú eres ahora mismo la esperanza de los hombres y mujeres de Mogontiacum, de Bingium, de Augusta Treverorum y, sinceramente, creo que de todo el Imperio.

Quinto se quedó mirando fijamente a su general en jefe. Estilicón era, desde luego, un hombre duro, adusto en sus formas, probablemente por sus orígenes vándalos, que nunca había rehuido los problemas. De hecho, podría decirse que se trataba de uno de esos

líderes providenciales con los que siempre, en los peores momentos de su historia, había contado Roma desde los antiguos tiempos de la República. Sin embargo, lo notaba cansado, algo avejentado desde la última vez que lo vio. Su barba leve y prematuramente canosa para su edad le hacía conservar un aspecto de fiereza que él había comprobado antaño y que impresionaba tanto a sus hombres como a los interlocutores ocasionales que se dirigían a él en demanda del favor imperial. Su pelo, cortado a la moda del momento, se pegaba a la frente, empapado ahora de los vapores del *caldarium* y del sudor, quién sabe si también por la reacción al vino o a consecuencia de la preocupación que ya le había regalado las marcas y arrugas que ahora predominaban en su rostro.

—General —Quinto interrumpió el silencio que se había interpuesto entre ambos soldados tras el parlamento del *magister militum*—, necesito al menos dos o tres días. Probablemente sería preferible disponer de más tiempo, pero entiendo la situación. Las dos legiones no están completas, pero confío en mis hombres y creo que si pudiera reclutar como auxiliares a algunos varones de la región, estaría preparado para presentar batalla con al menos diez mil soldados, incluyendo las *alae* de caballería gala y sármata. Tenemos de nuestra parte la artillería, las *ballistae* y el propio Rhenus como foso. Las tropas de *limitanei* en sus fuertes y las torres de defensa son nuestros ojos y nuestros oídos en el río. Sinceramente, creo que podremos conseguirlo. Siempre ha sido así, y no veo por qué va a ser ahora diferente. La disciplina y la historia juegan a nuestro favor.

—La disciplina y la historia no suplen a los veinte mil hombres que te faltan al menos, Quinto —dijo Estilicón mientras miraba fijamente a su impetuoso subordinado—. Los vándalos asdingos, que, hasta lo que yo conocía, habían marchado hacia el norte, cerca de la desembocadura del Rhenus, están ahora aquí, reunidos con sus hermanos silingos. Junto con los contingentes alanos y suevos, pueden poner en marcha a un ejército de unos cuarenta mil hombres. —Quinto abrió los ojos con sorpresa ante los números expuestos por su general en jefe—. Y eso sin contar con los que, pese al invierno, siguen llegando.

»Sé que existen disensiones entre ellos, pero también conozco cómo esas diferencias se encuentran contenidas hasta que consigan

entrar. Ya no son sumisos solicitantes de permiso, Quinto; ahora son enemigos cargados de odio ante nuestra negativa a franquearles el paso, y no dudes de que actuarán como tales.

Quinto suspiró. No pensaba encontrar a su general tan hosco y preocupado. Por eso no le sorprendió cuando Estilicón decidió poner fin abruptamente a aquella conversación, incorporándose de repente. Buscó su toalla para secarse mientras, dándole la espalda, le detalló una última advertencia.

—Me voy, Quinto, vuelvo a Rávena. Estás solo en esto. No te sorprenderá saber que las ciénagas que rodean la sede imperial están más podridas que nunca, y necesito impedir que el hedor de la calumnia envuelva del todo a Honorio. Mi mujer y mi hijo están allí, mi hija soporta resignada su matrimonio con el emperador y sé perfectamente que, en el fondo, muchos de mis enemigos están esperando a que fracase en el empeño de frenar a nuestros no deseados invitados.

»Ellos son, por tanto, rehenes de mi éxito o de mi derrota. De todas formas, ya corren demasiadas habladurías, y temo que si no regreso para refrenarlas mi posición se tambaleará. Y sé que Roma me necesita. Ellos lo desconocen, pero no hay nadie que pueda sustituirme —se volvió hacia Quinto—, y si nadie puede hacerlo y tú fracasas aquí, creo, amigo mío, que asistiremos al nacimiento de una nueva época.

Estilicón se acercó a Quinto, quien ya había salido del baño tras su general, y agarró con fuerza su antebrazo, apretádoselo en un gesto de cercanía que por un momento aparentó desesperación.

—Haz lo que puedas, pero hazlo ya, Quinto.

La nieve caía de nuevo cuando Quinto salió de las termas. Atravesó pensativo el arco principal de la entrada y se abrigó con su capa de pieles, mientras ascendía por el *decumanus* de la ciudad, de regreso a su residencia, meditando los pasos que debía dar a partir de ese momento. Mantenía viva la imagen de Estilicón acompañado por su guardia, alejándose en dirección a la puerta del sur, abandonando la urbe con rapidez a través de un manto blanco cada vez más espeso, sin despedidas formales ni revista de unas tropas que ahora quedaban bajo su único mando. Pensó en sus hombres, pensó en

los habitantes de aquella capital que, confiados, se guarecían de la tormenta con la esperanza de una nueva primavera en el porvenir. Y pensó en Licia y recordó la última visión de unos destellos de luz y nieve sobre su capa al viento. De repente, su preocupación aumentó de grado conforme se hacía una idea de la responsabilidad que asumía a partir de aquel momento. Y, para su sorpresa, fue consciente de que ante aquella situación su ánimo solamente se alteraba al pensar cómo, de entre todos los habitantes de aquella ciudad, el peligro podría acechar a aquella mujer que había irrumpido en su vida de soldado. Y decidió dar con ella; y lo decidió con la impulsividad y la determinación que hasta entonces únicamente había puesto en el mando de sus hombres y en la defensa del imperio.

Cuando llegó a la Porta Principalis, completamente envuelto en una capa blanca de nieve húmeda prendida de sus ropas, comprobó que, pese a la tormenta, había gran actividad en torno a la entrada de la ciudad. Se acercó y los soldados de la guardia fueron abriéndole el paso, conforme iban reconociéndolo. Finalmente, llegó al centro de la atención de aquellos hombres. Allí, frente a él, sudoroso, agotado, con una palidez casi mortal en su rostro, temblando de frío, se encontraba, de pie junto a su caballo negro, un *limitaneus* que acababa de cruzar los umbrales de la urbe. En aquel momento, se encontró cara a cara con la mirada angustiada y fatigada de Cayo Verón, soldado de una pequeña guarnición cercana a Bingium, junto al Rhenus, que traía noticias de la frontera.

IV

EL FUERTE

Un potente destello de luz desgarró súbitamente el manto de oscuridad que cubría la fría noche del último día del año, iluminando con trazos rojos la estructura de la torre de vigilancia levantada a orillas del gran río. La violencia con la que aquellas flechas incendiarias se clavaban en el debilitado armazón de madera despertó con su tableteo a los *limitanei* destacados en aquel puesto, descubriendo a un tiempo la fragilidad de su posición y lo desesperado de su situación, enfrentados con miles de sombras que se abalanzaban al unísono, como fantasmas, contra la primera de las edificaciones fronterizas del Imperio, en la margen izquierda del Rhenus.

Los cuatro guardias se incorporaron aterrados a sus puestos, ascendiendo por la escalera interior de la torre, dispuestos al menos a encender un fuego que alertara con sus señales del ataque, tal y como había sido convenido, sin reparar en que el maderamen ya ardía como una pira pese a la humedad de la noche y la nieve acumulada y sin que, al parecer, importara tal aviso de luz a aquellos atacantes que, surgidos de un lecho helado que ya no era ni río ni frontera, desataban su odio contenido a lo largo de meses de penurias, hambre y frustración.

Para cuando los soldados quisieron escapar de aquella trampa de fuego, las llamas ya impedían el desalojo de la estructura, y finalmente, conscientes de su situación, horrorizados por aquel final que habían presagiado en tantas noches de vigilia, tras arrojar sus *pila* a aquella masa informe que los atacaba, afrontaron la muerte al tiempo que las flechas acribillaban sus cuerpos, fundidos ya con la lengua de fuego que deshacía como yesca seca el antiguo y orgulloso símbolo del control romano sobre los hombres del este.

La luz de aquel incendio pronto se extendió a lo largo del curso del río, y en unas horas la ribera de aquella frontera helada ardía en

varios puntos, enviando con su destello la señal de que la amenaza de muerte y destrucción se había puesto en camino.

A pocas millas de distancia hacia el interior, aún no había terminado la guardia nocturna que Tulio Servio había ordenado prudentemente que se reforzara en el fuerte desde que Cayo informó sobre la congelación del Rhenus. Los centinelas que se resguardaban del frío encerrados en las torres que protegían una de las cuatro entradas del asentamiento intentaban combatir el tedio de la vigilia apostando a los dados una paga futura y tardía. De repente, un resplandor inusual rompió la monotonía de negros y grises que caracterizaba el cielo opaco del invierno germano. Sorprendidos primero y alarmados después, los centinelas abandonaron la partida y se incorporaron con celeridad a sus puestos a lo largo del recorrido de la muralla. El espectáculo de un horizonte rojo que se recortaba sobre la silueta de las colinas que separaban el puesto fortificado de la frontera encogió el ánimo de aquellos soldados, confrontado por primera vez con la certeza de que al fin comenzaba el tiempo de furia del que nunca se atrevían a hablar, pero que siempre los asaltaba, apareciendo en sus sueños más salvajes.

Pronto fue dada la voz de alarma general, y Tulio Servio salió apresuradamente del *praetorium*, abrochándose el cinturón del que pendía su viejo *gladius*, afrontando con la raída capa roja de comandante sobre sus hombros el frío de aquella noche, con la serenidad que al fin podría demostrar liderando aquella tropa de ciudadanos abandonados a su suerte en los confines del Imperio.

El tribuno ascendió apresuradamente por los escalones de la muralla en el sector desde el que habían llegado las voces que despertaron a la guarnición y, apoyado en las almenas junto con los centinelas, llevó la mirada hacia el resplandor que iluminaba la noche, que, en aquellos parajes, parecía perpetuamente negra.

—Por fin ha empezado —musitó con voz queda, casi para sus adentros, sin poder, pese a ello, ocultar la preocupación que desvelaba su rostro y que asustó a los hombres que lo rodeaban.

—Tenemos al menos una hora. —Se giró hacia el oficial que comandaba la guardia—. Uldino, escoge a diez hombres que aún no estén en las murallas y dirígete al poblado. Avisa a todos los habitantes que puedas. Que recojan sus enseres más imprescindibles y que abandonen sus casas. Todos al fuerte. No podemos dejarlos

abandonados ahí fuera. Desalojad los barracones y que se refugien en ellos. Encerradlos si es preciso, pero no quiero ver deambulando por el interior del recinto más que hombres en armas. El resto, a salvo bajo techumbre. Trata de reclutar a todos los varones que creas que pueden empuñar una espada. Los vamos a necesitar. Rápido, ¡ya!

El oficial de guardia asintió intentando disimular el rostro de angustia que traslucía ante las tajantes órdenes del tribuno y se dirigió, escaleras abajo, a cumplir el mandato.

Tulio miró con preocupación a su alrededor mientras la guarnición del fuerte, bien adiestrada por años de antiguos automatismos que el tiempo no había borrado pese a todo, ocupaba sus puestos a lo largo de la muralla. Esperaba que Cayo Verón hubiera llegado a tiempo a Augusta Treverorum y que aquellas legiones de las que se hablaba estuvieran pronto en camino. Repasó mentalmente la situación: disponía al menos de cuatrocientos *limitanei* en condiciones de combatir; cuatro viejos escorpiones que quizás aún funcionaban, abandonados por el desuso y la falta de munición apropiada; alimentos para resistir al menos una semana, unas sólidas murallas y el ánimo suficiente para combatir, ahora que sus soldados sabían que lo que se les venía encima no iba a ser una simple escaramuza. Lucharían por su vida, por la de sus familias y quizás también por la supervivencia de todo lo que hasta entonces les era conocido.

Uldino se acercó con sus hombres a la puerta principal del fuerte y, tras ordenar con voz potente su apertura, fue hacia el *vicus* que había crecido en las cercanías de la entrada del recinto, de forma paralela a la calzada cuyo tránsito era precisamente protegido por el enclave. La mayor parte del caserío consistía en viviendas sencillas de madera, de una sola planta con un pequeño jardín que se utilizaba ocasionalmente como huerto que ayudara a paliar épocas en las que los habitantes no conseguían completar su dieta con las labores y trabajos que proporcionaba el trasiego del fuerte. Muchas de las familias de los *limitanei* de la guarnición habitaban aquellas cabañas y aportaban al lugar cierto aire de pequeña población civil, rejuvenecida por los gritos, risas y movimiento de los vástagos que habían hecho de aquel sencillo entramado urbano un pequeño remedo de una tranquila localidad de provincias del Imperio. Sin embargo, la ficción de normalidad fue desapareciendo

conforme los soldados de la patrulla golpeaban con fuerza las puertas de las viviendas, repitiendo, con grandes voces que retumbaban en la quietud de la noche, la consigna de abandonar de inmediato la placidez de los jergones. Poco a poco, varias figuras somnolientas se asomaban por los huecos de las casas, con sorpresa primero, con alarma después, y en un goteo constante los habitantes del poblado comenzaron a dirigir sus pasos, cargados con sus enseres, llevando en brazos a sus hijos, en dirección a la seguridad aparente de aquellos sólidos muros cercanos. Mujeres que arrojaban a pequeñas criaturas ateridas, dejando el rastro de un camino de huellas horadadas brevemente en la nieve, miraban con angustia hacia un horizonte iluminado por un rojo que hendía la oscuridad de la noche en la que todos sus sueños empezaban a mostrarse irrealizables. Entre ellos, Marcia, la mujer de Cayo, arrastraba a dos pequeños que lloraban aferrados a ella, soportando la angustia de un repentino despertar, agarradas sus pequeñas manos a la muñeca y a la figura tallada de un caballo de madera que su padre les había regalado tras su última guardia junto al río. Marcia, cuyo nombre alano, Rudilia, ya casi no recordaba, ni siquiera había tenido tiempo de recoger un par de mantas y unas cebollas que guardaba en la despensa de su casa, ubicada junto a la *mansio* que daba cobijo a los viajeros necesitados de un alto en el camino desde la frontera, y en la cual trabajaba ocasionalmente sirviendo las sencillas comidas que, con constancia, recordaba de aquellos tiempos en los que un atractivo y rudo Cayo la había enamorado con palabras en aquel idioma que por entonces apenas conseguía dominar. Dos hijos y un cariño incondicional eran el resultado de la cercanía con la que aquel soldado la había obsequiado. Ahora él estaba lejos y ella comprendía de golpe que los días de la rutina cotidiana estaban terminando, como terminan siempre las cosas que nos hacen felices: de golpe, sin previo aviso, por medio de la sorpresa que nos depara un destino incierto y voluble. Marcia traspasó, junto con decenas de pobladores civiles, la puerta que se abría ante ellos como protección y límite de aquellos sueños que un día todos alimentaron. Dejó de pensar y se refugió en los barracones de los soldados, que al menos ofrecían la seguridad de unos sólidos muros, a la espera del regreso de aquel esposo cuyo rostro, sospechaba, quizás no volvería a ver.

Tulio aguardaba por el informe de Uldino, encaramado en la muralla y atento a las señales de ataque o aproximación de un enemigo aún invisible. Los escorpiones habían sido dispuestos, dos a dos, en las torres que protegían las puertas de la fortificación en sus lados más expuestos ante la amenaza que parecía provenir del norte. Los soldados, repartidos por el perímetro, equilibradamente, a la espera de comprobar por dónde llegaría el ataque principal. Cubos con brea y aceite habían sido situados a lo largo de los muros, junto a pequeños braseros ardiendo, para utilizarlos en el caso de un asalto con escalas que se antojaba difícil, teniendo en cuenta la existencia del foso que circundaba la estructura defensiva, y grandes baldes repletos de flechas se habían ubicado entre los arqueros de la guarnición. Mientras aguardaba la confirmación del cumplimiento de sus órdenes, el tribuno comprobó que las puertas se cerraban tras el paso de lo que parecía ser el último contingente de civiles, que ya era conducido a su alojamiento. Nada se escuchaba en el ambiente de aquella noche gélida que hiciera suponer la existencia de pánico o miedo. Únicamente el rumor sordo de la ventisca, que ya dejaba de nuevo su rastro de blancura en las ropas de los soldados y que abofeteaba sus rostros con la fuerza de un viento cargado de agujas, transmitía a aquel conjunto de seres humanos la extraña quietud con la que en ocasiones sorprenden el temor y la angustia a los hombres.

Tulio vio cómo Uldino ascendía por las escaleras cercanas a su posición. El decurión se cuadró ante su comandante y, con la voz aún entrecortada por el esfuerzo, comenzó a exponer su informe.

—Salve, tribuno. —Uldino pretendía mostrarse marcial en un momento en que consideraba que al fin había recaído sobre sus hombros una tarea digna de la milicia en la que se había enrolado hacía ya muchos años—. La mayor parte de los ciudadanos están ya alojados en los barracones. Solamente el viejo Ulpio se ha negado a abandonar su casa, y no ha sido posible convencerlo. Por otro lado, Romegus sigue, por lo visto, borracho, y no ha permitido que entráramos en la *mansio*. Dice no creer que exista un mundo real, más allá del que le proporciona el repugnante vino de su posada, y no hemos insistido.

Aquí, Uldino recordó por un segundo sus grandes momentos en compañía del regidor de la estación oficial del *cursus publicus* y no

pudo evitar sentir una punzada de nostalgia de la que lo sacó el apremiante tono de voz de su comandante.

—¿Cuántos? ¿Cuánta gente ha entrado? —Tulio estaba verdaderamente preocupado por acabar con esa cuestión y destinar todos sus esfuerzos a la defensa militar del puesto.

—He contado más de quinientos, tribuno. Entre mujeres, ancianos y niños. Hay al menos doce extranjeros con capacidad para portar armas, aunque no sé si para luchar. Por ahora los he encerrado en las cuadras, a la espera de lo que ordenéis al respecto. Me temo que algunos esclavos han huido, y de la patrulla...

Uldino permaneció callado, mirando fijamente a su superior.

—¿Qué pasa con la patrulla? —preguntó Tulio, presintiendo la respuesta, amarga, pero no sorprendente.

—Dos soldados, Julius y Vectro, no han regresado. Me temo que no volverán. Para cuando quise darme cuenta, ya era demasiado tarde. Para evitar más tentaciones, he ordenado requisar los tres caballos que aún quedaban en la *mansio*, pero los otros dos, los mejores, ya no estaban. Vi las huellas en la nieve. —Uldino sopesó sus siguientes palabras. No quería parecer afectado por la desertión de sus compañeros y menos mostrarse como un incompetente por flaquear en el mando de diez soldados—. Malditos; ojalá que no lleguen muy lejos.

Tulio repasó con calma la situación. Suspiró y se giró hacia el exterior, apoyando las manos en el parapeto de la muralla, mirando hacia la oscuridad impenetrable. No, no creía que pudieran vivir mucho ahí fuera, en aquella noche, bajo la ventisca y con un enemigo furioso rodeando aquel reducido pedazo del Imperio.

—De acuerdo, decurión —dijo al fin—. Procura que esa noticia no se extienda entre los hombres.

El tribuno sabía perfectamente que aquella petición era imposible de cumplir. Probablemente a esas horas todos los soldados del puesto ya sabrían que dos de sus compañeros habían preferido afrontar los peligros de aquella noche antes que la defensa del fuerte contra los visitantes del este.

—Estad alerta; encárgate de racionar la comida. Y por Dios, por Júpiter o por quienes prefieras, intenta que nadie vuelva a encontrar tentador el robar uno de nuestros caballos y buscar mejor acomodo en otro lugar. Aquí, o vivimos todos o morimos todos.

Uldino se cuadró y se encaminó a cumplir las órdenes mientras abandonaba a su comandante, absorto ya en oscuros pensamientos. Bajó las escaleras pensando que, pese a todo, aquel no sería un mal lugar para morir. Cuando alcanzó finalmente los barracones, el resplandor de los lejanos incendios ya disminuía. Mientras tanto, la negrura de aquella noche se acompasaba con la de los pensamientos de aquel conjunto de seres humanos que buscaban entre los muros del fuerte la esperanza de que al menos existiera para ellos un mañana, un amanecer cotidiano que, como todos los días de su vida hasta entonces, permitiera sentir la inmutabilidad ficticia de aquella paz ahora traicionada.

Marcia ofreció su abrazo a sus dos hijos, que se acurrucaron en su regazo atemorizados y somnolientos. La esposa de Cayo observó su alrededor. Decenas de mujeres y niños se habían acomodado en los catres de los soldados, por familias. Muchos lo eran de los mismos *limitanei* que tenían en ese mismo momento la misión de proteger hasta la muerte a aquel conjunto de seres indefensos que esperaban acontecimientos. Un leve fuego amparado en una esquina del barracón apenas aportaba un tenue recuerdo de la calidez del hogar abandonado. Muchos ancianos asistían con el rostro serio a la llegada de aquel día que siempre temieron que los alcanzaría al final de su tiempo, y sus toses eran, junto con el llanto de algún niño aterido y hambriento, el único ruido que rompía la solidez del silencio que atenazaba aquellas almas sorprendidas en la noche. Marcia recordó entonces los días en los que Cayo regresaba a ella tras sus duras jornadas de patrulla; sus abrazos y caricias; el susurro de una promesa lejos de aquel inhóspito lugar, mientras poseía aquel cuerpo que ella le entregaba como tenía ya entregada su propia alma y su corazón. Y al tiempo que recordaba, no pudo evitar un leve estremecimiento de deseo, una añoranza carnal de la que ella misma se sorprendió. Allí, abandonada, refugiada, perdidas sus esperanzas, solamente pedía que un milagro divino le ofreciera, si no ya para ella, para sus hijos, el futuro que ahora los alcanzaba a ellos. Cerró los ojos y cantó en voz queda las viejas canciones que recordaba de una niñez ya lejana al amparo de antiguos bosques al otro lado del Rhenus, confiada en que aquellos niños dormirían acurrucados en el arrullo de una voz maternal que se apagaba, medida por el cansancio y el miedo.

Primero fue un potente silbido que pareció envolverlo todo; luego, miles de rastros de fuego rompieron la oscuridad, y la tormenta se desencadenó sobre el fuerte en forma de flechas ardiendo, que buscaban como objetivo el maderamen del interior del recinto y hacían blanco en parte de la techumbre de los edificios en los cuales se agolpaban los refugiados. En su interior, los chasquidos de los proyectiles rebotando en las tejas sobresaltaron a las familias que aún no habían conseguido conciliar el sueño. La nieve caída sobre la cubierta de los barracones impidió que el fuego prendiera en una madera humedecida, y, cuando por fin aquella lluvia cedió en su ímpetu, desde dentro comenzó a escucharse el rumor sordo de un alarido que incrementaba gradualmente su volumen conforme los segundos transcurrían, hasta constituirse en un grito aterrador y amenazante que encogió los corazones de quienes se abrazaban al amparo de aquel frágil cobijo.

En las murallas, Tulio intentó que su voz de mando sonara fuerte y decidida en tanto que impartía las órdenes que aportaran serenidad en el caos de aquella primera acometida. Comprobó aliviado que las flechas incendiarias habían tenido un escaso resultado destructivo: tal era la acumulación de nieve que cubría el fuerte. Aguardaba a que aquella amenaza fuera visible, mientras, ajustado el casco de comandante, con su viejo *gladius* desenvainado trataba de averiguar la dirección del ataque y esperaba, alerta, el comienzo de su hora suprema.

Uldino y sus hombres fueron los primeros que los vieron llegar. Una masa humana se acercaba a la carrera hacia el sector orientado al noreste, cuya defensa se les había encomendado. Entorpecidos por la nieve, que seguía cayendo, miles de hombres corrían hacia las murallas portando rudimentarias escalas, acompañados por el grito que, ya cercano, resultaba ensordecedor. El decurión levantó la mano derecha dirigiendo su mirada hacia los sirvientes de los dos escorpiones que tenían asignados y, cuando al fin resultó visible el objetivo, la bajó con decisión. A su señal, dos potentes dardos de varios palmos de longitud salieron propulsados con fuerza, liberados de la tensión de las cuerdas. Un grito de satisfacción surgió al unísono de entre los cien hombres que defendían aquellas almenas cuando comprobaron que cada uno de los disparos había hecho blanco, ensartando con violencia a varios de los atacantes a la vez,

frenando ligeramente el ímpetu de cada parte del frente afectado: tal era la densidad de hombres que componían la primera oleada del asalto. Las máquinas tenían ya preparado un nuevo disparo cuando los primeros atacantes se aproximaron a la engañosa superficie del doble foso que circundaba el fuerte, cubierta de un manto de nieve blanda que daba la apariencia de tierra firme, sobre la que pretendían apoyar las escalas. Como Uldino suponía, los asaltantes se hundieron en aquella trampa invisible hacia la que los arqueros del fuerte, preparados y contentos por disponer de un blanco inmóvil atrapado en aquel blando nevero, apuntaron con sus flechas, para causar con sus disparos un número de bajas que las afiladas estacas clavadas en los bajos de aquella hendidura defensiva incrementaron notablemente. Los alaridos de furia y odio se mezclaban con el griterío que, proveniente de las almenas, surgía de las gargantas de los defensores para combatir un miedo que disminuía ante la realidad de una batalla nocturna a muerte. Las órdenes que Uldino vociferaba dirigían los tiros de la artillería, que causaba estragos entre aquellas filas compactas que, sin embargo, continuaban fluyendo con decisión y audacia. Algunos disparos muy próximos de arqueros avezados hacían blanco en los *limitanei*, y aquello preocupó al decurión, que sabía que cada hombre que perdía resultaba insustituible en tal situación. Mientras tanto, el foso era ya una zanja sobre la que cientos de cadáveres y cuerpos heridos manchaban con su sangre el hasta hacía poco immaculado manto blanco que lo cubría.

En el sector norte del fuerte, que conformaba uno de los lados largos del rectángulo del recinto, Tulio se imponía con su voz de mando mientras los arqueros, protegidos por las almenas, contribuían junto con el incesante disparo de los escorpiones a frenar el ímpetu de los asaltantes. Allí, el foso estaba resultando un obstáculo igualmente temible para los cientos de hombres que pretendían acercar sus escalas a los muros. La preocupación del tribuno, sin embargo, no eran aquellos maderos rudimentariamente unidos que continuaban cayendo en la nieve, hundidos sin remedio en la profundidad engañosa del terreno circundante. No. Tulio observaba cada vez con mayor angustia los cestos que albergaban los proyectiles que varios de sus hombres se encargaban de reponer, al alcance de sus arqueros. Cada vez que miraba su contenido, resultaba menor

el número de flechas a disposición de sus soldados, mientras que la lluvia de las que provenían del enemigo, disparando desde la oscuridad, acertaba ocasionalmente en algún cuerpo que, con un breve gemido, anunciaba con cada impacto la disminución implacable del número de defensores.

Mientras Tulio se encontraba recibiendo los informes de los diferentes sectores atacados, que seguían resistiendo, percibió que el griterío se apagaba por momentos. Llevó la mirada hacia el exterior y comprobó cómo aquella primera oleada se retiraba en desorden buscando la protección de la oscuridad, abandonando tras de sí cientos de cuerpos que iban siendo cubiertos por los copos de la nieve que no había dejado de arreciar. Quedó el campo sembrado de gemidos y gritos de dolor, que sumieron a los defensores en un sentimiento de euforia por una posible victoria no esperada. El tribuno tenía tras de sí la suficiente experiencia como para sospechar que aquella retirada no obedecía más que a una pausa en un combate que se le antojaba perdido para él y sus soldados. Asomó, sin embargo, en su ánimo, por un momento, la lejana esperanza de que las legiones de Augusta Treverorum hubieran podido alcanzar aquel punto de la frontera con una marcha nocturna a través de la ventisca. Sin embargo, tales pensamientos abandonaron pronto su mente cuando, tras unos minutos, comprobó cómo de nuevo un rumor inquietante y creciente se elevaba por encima de los lamentos de los heridos. Así, el sonido de la guerra rompió una vez más cualquier esperanza, abatiéndose sobre los sitiados la pesada, constante y amenazadora melodía de unos cánticos cuya potencia se incrementaba al paso de nuevas fuerzas que, ahora de manera más pausada y ordenada, volvían a aproximarse a la fortaleza.

Cuando Uldino pudo darse cuenta de qué tipo de peligro los amenazaba, impartió inmediatamente la orden de prender fuego a la brea que tenían preparada en grandes cazos, sujetos por una barra introducida transversalmente en sus argollas. Sin duda, lo iban a necesitar. Frente a ellos, acompañados por aquellos cantos extraños, surgieron miles de hombres blandiendo sus armas, entre las que pudo distinguir los escudos ovalados de los *limitanei* que probablemente habían encontrado un cruel final en sus torres de vigilancia, avanzando con un cierto orden, protegiendo con sus cuerpos lo que pronto el avezado decurión comprobó que iba a ser una ame-

naza real en el nuevo intento de asalto. De repente, a una orden impartida en lengua extraña, se abrió un hueco cada cien pasos en la línea de batalla y, tras ella, por cada espacio abierto surgieron varios grupos compactos de hombres que portaban, alzadas sobre sus hombros y brazos, grandes y sencillas plataformas de madera de troncos unidos entre sí, formando pasarelas de una largura equivalente al ancho del foso y por las que era evidente que pretendían sortear aquel obstáculo con la finalidad de anclar en ellas un punto seguro de apoyo para sus escalas.

Inmediatamente, Uldino ordenó dirigir el fuego de los escorpiones hacia los portadores de los puentes. Los artilleros cargaron y soltaron sus proyectiles, que, haciendo estragos entre los hombres que soportaban aquella carga, no impedían, sin embargo, que nuevos guerreros sustituyeran a los caídos y siguieran avanzando con peligrosa perseverancia. Los arqueros terminaron por vaciar las existencias de sus flechas sobre los hombres que continuaban su marcha y se relevaban sin importar quién cayera entre ellos. Finalmente, cuatro plataformas se descargaron violentamente sobre la superficie del foso en diferentes sectores de la muralla y, sin solución de continuidad, los atacantes, alterando sus cánticos para dejar desbocarse en alaridos de guerra la rabia contenida por el anterior intento fracasado, se lanzaron en tropel a sustentar las escalas contra los muros.

Tulio no perdió en ningún momento la serenidad. No lo hizo cuando uno de los escorpiones rompió el cordaje, desgastado ya por el excesivo número de torsiones y la humedad del ambiente. Tampoco lo hizo cuando ordenó derramar aquella brea hirviendo sobre los primeros asaltantes que, ascendiendo en las escalas desde seis puntos diferentes en su sector, se aprestaban a finalizar el último asalto. Siguió gritando y animando a sus hombres cuando, más allá de los caídos entre alaridos por las quemaduras, algún asaltante consiguió encaramarse en lo más alto de la muralla, para después ser abatido por un golpe certero de aquella espada corta de doble filo que había pertenecido a sus antepasados y que, pese a un diseño ya anticuado entre las que portaban los legionarios, él seguía prefiriéndola a cualquier otra arma. Apenas se dio cuenta de la herida que había recibido en su muñeca cuando uno de sus soldados protegió con su escudo el cuerpo de su comandante, demasiado ex-

puesto con sus distintivos de mando sobre una muralla invadida. Tulio desconocía qué podría estar ocurriendo en otros sectores, pero sentía que, pese a las bajas, aquella marea se estaba pudiendo contener, focalizando a todos sus hombres en las zonas en las que las escasas pasarelas habían conseguido franquear el foso. Si no tenía noticias de Uldino, era señal de que su sector también resistía. Poco a poco, quizás podría llegar a considerarse la posibilidad de contener algunos días aquel ímpetu y dar tiempo a la llegada de las legiones de *comitatenses*, con caballería y artillería en condiciones. Miles de hombres que podrían hacer sentir a aquella horda que el poder de Roma aún seguía siendo irresistible. Aquella esperanza le dio renovadas fuerzas y, sobreponiéndose a su herida, acometió con su *gladius* al último de los guerreros que había conseguido encaramarse sobre las almenas.

Todo sucedió sin apenas tiempo para ser conscientes de lo que ocurría.

Un alarido de victoria sobrevoló por encima del griterío del combate en las murallas y sobrecogió el ánimo de los defensores. Para cuando Tulio pudo darse cuenta de lo que había sucedido, ya era demasiado tarde.

Las puertas de la entrada principal del fuerte se habían abierto de par en par desde el interior y por ellas ya penetraban en el recinto miles de guerreros con sed de venganza por sus caídos en combate, desparramándose por las dependencias del puesto fronterizo, asaltando, quemando y devorando en su ansia cualquier atisbo de esperanza que la suerte o los dioses hubieran podido conceder a los desgraciados habitantes de aquel enclave.